

# De Perpignan a La Tour de Carol

Subsiste el ya conocido tren de vía estrecha, asmático, quejumbroso, sucio, pero salvando desniveles considerables y cruzando paisajes de maravilloso encanto. Si aun estuviera por inventar el título de aquella película podría escribirse el guión de las aventuras de un pequeño tren utilizando los sabrosos argumentos que brinda el arcaico vehículo en su transcurrir por los valles de este sector pirenaico. En cada estación aparecen conmovedorísimos personajes de las más conspicuas novelas vernáculas, el lenguaje que se escucha alcanza la sonoridad de las simas montañosas y la solemnidad de las amplias y majestuosas vaguadas, la indumentaria advertida recuerda los inimitables dibujos de Junceda con los inevitables retoques que provoca el esnobismo y el igualitarismo actuales. Los nombres de todos y cada uno de los pueblecitos que se encuentran en el trayecto aparecen familiares al mediano lector de las manifestaciones culturales catalanas del último cuarto de siglo: Vernet, Prades, Bourg-Madame....

No creo equivocarme al considerar que el extraordinario predicamento alcanzado por estos pueblos entre la intelectualidad catalana fué debido, aparte de las excelencias de su paisaje, de la cordialidad de sus gentes y de la vida relativamente cómoda que en ellos se disfruta, a un claro fenómeno de europeísmo agudamente idealista pero con pies de barro; un europeísmo sin posibilidades económicas en gran parte de sus secuaces. Un europeísmo de perspectiva gallinácea también, acaso posteriormente entremezclado con cuestiones políticas mal enfocadas junto a la indudable añoranza que toda persona sensible sufre al alejarse de la tierra donde transcurrieron sus felices años juveniles.

Analizaré la cuestión: Es fácilmente observable que la intelectualidad española, cuando no busca su inspiración en raíces autóctonas, se orienta en el sentido de un eje horizontal o de un eje vertical. El eje horizontal —religiosamente, Fátima— se alimenta y alimenta actualmente dos formas de cultura, la que proviene de América y la embebida en países árabes y de tradición mediterránea. El eje vertical —religiosamente, Lourdes— es de contenido estrictamente europeo y durante muchos años tuvo una cabeza visible que fué París. Sigue París predominando claramente en las manifestaciones artísticas y no tan claramente pero con indudable fuerza en las exteriorizaciones literarias. La semejanza en la presentación de libros y catálogos entre Barcelona y París

es muy reveladora. Ciñéndonos a este eje vertical, está claro que antes de nuestra Guerra alcanzó tal predicamento que el más modesto aspirante a los laureles artísticos, literarios y aún políticos, se sentía obligado a bautizarse, si no en el Sena, en los turbulentos remolinos de la vida social francesa. Inicialmente no se trataba de Francia sino de París, pero París quedaba lejos, para algunos el escollo idiomático resultaba insalvable, y para casi todos las dificultades máximas revestían un acusado carácter monetario. Entonces ocurrió el hábil escamoteo: París se convirtió en Francia y el bautismo artístico, político o literario se consiguió sencillamente cruzando la frontera y comiendo verduras en una cualquiera de estas bonitas poblaciones que cruza el tren Perpignan-La Tour de Carol.

Con posterioridad a nuestra Guerra, estas poblaciones, por razones obvias, han continuado gozando de justo renombre.

En verdad que, sean cualesquiera las circunstancias coadyuvantes a la difusión entre nosotros de estas villas y aldeas del lado francés, reúnen en sí suficientes méritos para ser objeto de la más alta consideración. Ellas constituyen un pedazo amado de la vieja Cataluña en dónde el espíritu francés no ha logrado desvirtuar antañonas y, por lo que se aprecia, inmutables esencias. El carácter de sus gentes, su estilo de vida, sus costumbres y sus características personales más acusadas, en nada difieren de las que se pueden observar en este lado de la frontera también en agrupaciones humanas arrebujaadas en las estribaciones pirinaicas, revelación clara de que, más que las circunstancias políticas, importa el factor climatológico y la raíz geográfica en la manera de ser de toda colectividad humana.

Y ésto es grato señalarlo y revelarlo en unos momentos de auténtica superación en la historia de la humanidad cuando el raquíptico pleito de las nacionalidades, fruto podrido de las guerras balcánicas y de la primera conflagración europea, cede el paso a un estilo de relaciones mundiales asentadas sobre bases económicas y, entre nosotros, europeístas.

Fenómeno con hondo sentido de continuidad cuando la ambición de «los grandes» está siendo encauzada por el surco que en el espacio abren los cohetes interplanetarios.

Antonio Miralles Manresa